

Alas
De Mariposa Negra

Camilo López Torres

Bogotá Colombia

Noviembre de 2019

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse sin la previa autorización del editor.

ISBN: 978-958-48-2652-7

www.camilolopezescritor.com.co

E-mail

camilolopezescritor@gmail.com

Teléfono: 3023187621

A mi hijo Santiago

CAPÍTULO

I

– La verdad es que el tipo que me quitó la virginidad se portó como un cerdo de lo peor... – soltó una bocanada de humo, como liberando su alma de una agonía. A su lado Emilio permaneció en silencio, mirando hacia el techo blanco y plano de la habitación, pensando que Alejandra estaba tratando de justificarse debido a la fría actuación que tuvo durante el sexo. Ella siguió – él era mucho mayor que yo... nunca supe exactamente cuántos años tenía, pero calculo que unos treinta y... algo. Yo tenía solo catorce – volvió a aspirar profundo el pequeño cigarro de marihuana, del cual ya no quedaba más de lo que permitían sostener las yemas de sus dedos antes de quemarse – esta bareta está muy mala... el man que me la vende cada vez le quita más la calidad – dijo con el humo aún en sus pulmones. Era la primera vez que se acostaban desde que se habían conocido, hacía unos meses atrás.

– ¿En dónde vivías en esa época? – preguntó Emilio, con un gesto desinteresado y al mismo tiempo muy relajado por el efecto de la marihuana.

– ¿Ummm? – cuestionó Alejandra.

– ¿En dónde vivías cuando perdiste la virginidad? – insistió él. Ella lo miró en silencio y al cabo de unos segundos respondió

– Eso no es importante... además, eso de perder la virginidad... la forma en que lo dices suena mal ¿por qué perder? ¿Es que acaso cuando una mujer inicia su sexualidad pierde algo?... ¿Por qué no decir por ejemplo... ummm, la vez que empezaste tu vida sexual? –

– Tú fuiste quien dijo perder – cortó Emilio.

– No dije perder, dije quitar –

– ¿No es lo mismo? –

– No, no es lo mismo –

– ¿Quieres pelear cierto? –

– No quiero pelear... simplemente... – ella guardó silencio. Emilio seguía inmóvil con la cobija tapándole medio pecho desnudo y las manos detrás de la cabeza. El perro, que permanecía acostado al lado de la puerta levantó la cabeza y Alejandra chasqueó los dedos – ven acá Mico – dijo y el animal meneó la cola y se subió en la cama, ubicándose justo en medio de los dos y haciendo que una pierna de Alejandra quedara por fuera de la sábana, al tensarla con su considerable peso. De inmediato Emilio se puso de pie, mientras ella lo miraba desnudo con su

cuerpo de un hombre sedentario de cuarenta y cinco años. Alejandra reflexionó en aquel momento. Se sentía avergonzada e insatisfecha, a pesar de que la marihuana ejercía en ella un efecto mediador entre sus emociones y sus reparos estéticos. Lo que había ocurrido hacía media hora atrás, la había dejado con un sabor amargo. – ¿Ya te vas? –

– Sí, tengo que hacer algo en la casa –

– Tú nunca tienes que hacer nada y menos en tu casa Emilio, jajajajaja... solo estas de mal genio–

– Los años que no vienen solos, debe ser – dijo él con tono de ironía mientras se ponía el pantalón. Al momento Alejandra salió de las sábanas y se puso de pie, con su cuerpo atlético de una mujer de veinte años, de tez canela y firme, alta, delgada y más hermosa con la luz de la tarde. Emilio la observó y sintiéndose menos que ella en aquel momento, como un hombre ya sin las fuerzas suficientes para luchar con todos sus argumentos inteligentes en contra de la obstinación de Alejandra, prefirió guardar silencio. Algo dentro de él, sin embargo, en medio de aquel sermón inevitable, le hacía sentir más que conforme con lo ocurrido. El aroma y el sudor, de aquella piel joven, enredado en todo su ser, era la evidencia que necesitaba para sentir que estaba viviendo aunque fuera a medias, lo más parecido al anhelado amor. A su edad y luego de haberse dedicado con una actitud ascética al estudio de la psique humana, encerrado en su cuarto durante años, era lo más cerca que había estado de enamorarse de una mujer.

La tarde siguiente a la misma hora y con un cigarro de marihuana igual, la escena se repitió y así todo ese mes y casi siempre terminaba en una discusión acalorada por términos mal usados, por ideas diferentes, o críticas y reproches que ella le hacía a él por un movimiento, una idea, un pensamiento, una mirada o simplemente una ausencia prolongada. Y al final, el mismo silencio de Emilio cuando la cuestión empezaba a volverse alegato. Él había aceptado que las peleas entre los dos tenían como causa, simplemente la diferencia de edades. Sin embargo y a pesar de las contradicciones, al menos los días entre semana terminaban sumergidos dentro del mismo acto, como si se tratara de una más de las comidas diarias, hasta el punto en que la rutina se convirtió en un hábito sin importancia, pero eso sí, ambientado todo ello con los matices tristes que cubrían a Bogotá, durante el mes de Abril, con sus lluvias y días grises. Poco a poco se fueron acostumbrando a cada cuerpo, que aunque muy diferentes, en edad, pasión, ritmos y gustos, brindaban a cada quien al menos una buena dosis de la felicidad inmediata que brinda la práctica del sexo sin compromisos, sin la pomposidad y esos protocolos predecibles en medio de los cuales se desenvuelven las relaciones comunes de las parejas comunes. Al menos eso creían los dos en un comienzo.

Aquella relación, pensaba Alejandra, había empezado al revés de todas las demás y eso no estaba mal, para ella. Sentía que de esta manera podría revelarse a las costumbres y a lo que le habían enseñado cuando niña, sobre lo que debe ser el hombre y la mujer. En poco tiempo, sin embargo y conforme se veían más seguido, empezó a cuestionarse sobre la solidez de su deseo hacia Emilio. No obstante, en medio de aquella duda, la gobernaba un impulso casi irracional de estar con él. Dos contradicciones, que encontraron el espacio y tiempo perfecto para alimentar aún más sus diferencias y manías, ya que por un lado él constantemente calculaba sus palabras y acciones para no desatar peleas, mientras que ella las propiciaba cada vez con más frecuencia e insistencia, pero sobre todo cada vez con una dosis más fuerte de crueldad y despotismo, lo que pronto desencadenaría unos efectos inevitables en Emilio Cáceres.

Una tarde de lunes y después de su acostumbrada rutina de sexo insípido se lo manifestó a Emilio. Acababan de salirse de la cama y se alistaban para ir a la calle a pasear a Mico y a Bruno, la mascota de él. Le dijo que no sabía lo que sentía

– Debe ser que nos estamos enamorando – advirtió Emilio con un dejo de pereza.

– Jajajajaja, no creo, jajaja jajaja – cortó ella a risotadas

– Creo que ya es el momento de que me des un beso – insistió Emilio mirándole la boca y acercándose hasta donde ella se encontraba.

– Ummm, no lo creo, los besos son para los novios y las novias – ella lo miró en medio de un gesto de evidente suficiencia, sin sentir al menos un pequeño impulso por conocer a que sabían esos labios.

– ¿Es que acaso los besos son la entrada a tu alma o qué? – preguntó Emilio con algo de ironía

– A la muerte – cortó Alejandra, sintiéndose audaz con aquella respuesta dada

– ¿quieres hablar de eso? – preguntó ella.

– Quiero entenderlo... es extraño – siguió él

– ya perdí la cuenta de las veces que hemos tenido sexo y no sé qué es besarte... además... siento que estas muy rara últimamente –

– Yo te dije las reglas desde el principio – dijo Alejandra, como quien regaña a un niño pequeño, señalándolo con el dedo

– Sí, pero... –

– Pero nada, tú sabías como eran las cosas Emilio –

– No entiendo cuál es el problema de eso... – reclamó él – y de todo contigo, te apuesto a que con María todo es diferente ¿o no? –

– Apuestas bien, es cierto, con María todo es diferente... yo te dejé bien claro que soy más lesbiana que heterosexual – se le quedó mirando fijo a los ojos y en un momento lo observó de arriba a abajo – un hombre no lo entendería – suspiró y dándole la espalda se asomó por la ventana de la habitación, en medio de su acostumbrada desnudez, que ahora empezaba a significar para Emilio la estampa del despotismo femenino. Afuera hacía una tarde gris y no había ruidos, la calle permanecía desolada. – para que lo entiendas – explicó, mientras Emilio la observaba desde el otro lado de la cama – el sexo con una mujer es muy diferente al sexo con un hombre – frunció el entrecejo y su mirada se llenó de misterio – la mujer es más... exacta en las caricias... más acertada... en el caso de María, ella sí se gana mis besos– mientras hablaba gesticulaba con las manos – ustedes los hombres son muy brutos – Emilio se inquietó. Notaba que existía una especie de resentimiento en ella, lo cual le permitía tener una excusa sobre sus preferencias sexuales

– Y ¿te has enamorado de algún hombre? – preguntó

– Una vez conocí a un muchacho que me hizo sentir cosas, pero no las suficientes para hacerme decidir... –

– ¿Decidir? –

– Sí, a quedarme con los hombres únicamente –

– Parece que lo tienes todo muy claro – sentenció Emilio desanimado y agachando la cabeza en señal de resignación

– No lo sé, el tiempo se encarga de ponerlo todo en su sitio. Soy muy joven para decidir, la vida es larga y comparado con la realidad de la gente joven de ahora, la verdad es que yo soy una chica muy sana y conservadora, jejeje... te falta salir Emilio, ya te lo he dicho varias veces – terminó diciéndole con una postura suelta, que le daba cierta aura de superioridad.

Al menos en parte era verdad. Emilio, a pesar de tener cuarenta y cinco años y de gozar de una profesión universitaria, por razones asociadas a su temperamento tímido, había explorado el mundo muy poco en realidad. Era el menor de tres hermanos y desde muy joven tuvo que lidiar con la soledad que se había auto infligido su madre, quien a pesar de vivir aún con su esposo, casi no lo determinaba. Era una mujer de setenta años, a quien muchos reconocían por su difícil carácter. Emilio siempre había vivido en la casa de sus padres, contrario a sus hermanos quienes vivían en el exterior. Se había dedicado más bien a mirar pasar los días recluido en su cuarto, consumiendo libros antiguos y místicos en aras de comprender la razón de las cosas que rodean la existencia y en busca de una fórmula eficaz, que le permitiera superar aquellas circunstancias que él consideraba, edificaban las limitaciones de su ser y le impedían lograr su óptima realización personal. Era muy común escucharle decir dentro de su limitado círculo de amigos que “el camino hacia la iluminación y la libertad está determinado por la lucha de la voluntad en contra de las limitaciones de la mente humana”. Él mismo lo entendía de esta manera y se lo había contado también a Alejandra en varias ocasiones, por medio de un discurso que ella sentía extraño e incomprensible.

En medio de esta campaña de ascetismo que llevaba ya al menos veinte años y, que de cierta forma su madre disfrutaba inconscientemente por el hecho de tener un acompañante incondicional en la casa, su padre, un empresario quien tuvo que asumir una dura quiebra en los años más difíciles de la economía colombiana de la década de los noventa, pensaba que su hijo simplemente era alguien a quien de pequeño habían mimado demasiado. De cualquier manera, lo cierto era que Emilio había despertado de su introspección un día, viendo que habían pasado los años afuera en el mundo que una vez decidió dejar de lado, pero que ahora no podía enterrar en el olvido...